

Cine rojo... y hasta sucio

Por: Esteban Aguilar Correa
 esteban_aguilar86@hotmail.com

Las cortinas ya están abajo, las luces se apagan, el silencio y el deseo se toman la sala, los espectadores clavan su mirada y la función empieza. Es una rubia y una morena, que entre gemidos y miradas pícaras acaloran la sala, y mientras la función y los espectadores son uno sólo, Alfonso Gil, sacude el polvo de los viejos videos, reconoce las siluetas de los espectadores que le pagaron en la taquilla y con la función al frente descansa del trajín. A las rubias y a las morenas ya las conoce de memoria, así que no necesita verlas, únicamente se refugia en un temporal descanso, preparándose para el trabajo sucio que vendrá después.

Alfonso trabaja de taquillero, aseo y proyector de películas en un lugar remoto de la ciudad. Uno de aquellos donde se presentan historias que se caracterizan por los cuerpos desnudos y los orgasmos prolongados; en pocas palabras: un cine porno. Su trabajo es estigmatizado por muchos pues "eso de limpiar semen y esas cosas



Los asistentes manifiestan su ansiedad cambiando de silla constantemente

“

En la sala de cine todo está permitido, desde masturbarse en alguna silla hasta tener relaciones íntimas con alguna o algún cinéfilo”

a veces resulta complicado”, pero en el cinema, este personaje ha hecho historia. Alfonso cada mañana se levanta, y no precisamente pensando en rubias o en morenas, sino en limpiar literalmente, todo el polvo de la sala y tratar de que el cinema esté listo a las dos de la tarde, para que los espectadores puedan disfrutar de una función única y alentadora.

Poco después, invocando al Dios de dioses, ese que todo lo puede sobre los mortales e inmortales, proyecta la película del día: "Cartageneras y bien dotadas". Es entonces cuando las ninfas rubias y morenas se disponen a hacer de la pantalla un carnaval, mientras en la sala de cine todo está permitido, desde masturbarse en alguna si-

lla hasta tener relaciones íntimas con alguna o algún cinéfilo.

A las 8:00 de la mañana, comienza su ajetreo con un gran desayuno en una de las tantas panaderías de la ciudad. Pide lo mismo de todos los días: un café con leche servido en un pocillo despicado, y un par de pandebonos que acaban de salir del horno. "Toca desayunar aquí porque a mi me queda muy maluco, además yo vivo solo y acá me conocen y es como un contrato, porque me lo dejan barato".

Se inicia la faena, y conociendo la rutina diaria,



este hombre delgado y de ojeras grisáceas dice un poco ruborizado: “muchacha es muy cochina y deja todo ahí, a mí es a quien le toca el ‘paseíto’ maluco de limpiar semen, que es lo más común”. Ya después de recoger los polvos, o mejor el polvo, se dirige a la sala de proyección para limpiar los videos y revisar el estreno del día. Una y otra vez, verifica que las morenas se vean bien enfocadas de tal manera que los ausentes espectadores puedan disfrutar de sus cuerpos que se encuadran en esa vieja pantalla ruñida, seguramente por las ratas que hacen de esta un festín de media noche.

Es la 1:30 de la tarde, los espectadores llegan para buscar en un lugar de la imaginación a aquellas mujeres que los despiertan de la tontina del medio día.

Alfonso, el de los pantalones de pana café, una camisa a cuadros de mil colores, y unos negros zapatos, tiene una asimetría en sus piernas: es cojo de nacimiento. Con este desequilibrio al caminar, al barrer y al limpiar, el trabajo seguramente se basa en una devoción o entrega total.

“

Cuando la función termina algunos asistentes se quedan comentando el ‘destacado’ trabajo de las actrices”

Mientras se acomoda en una vieja silla de mimbre, y le da un sorbito al tinto, Alfonso dice:

“los estrenos llegan cada ocho días pero a la gente le gusta repetir película y a veces vienen varios días a la semana. También el público es casi el mismo”.

Con una mirada perdida, este viejo con gafas de marco grueso y un lente que se pierde por el empañamiento de los años, interrumpe la conversación para contestar el teléfono y asentir con la cabeza. Decir sí y decir no. Minutos después añade:

“...sí, esto acá se mueve mucho, la gente cree que esto mantiene vacío pero no, esto se llena, más que todo los viernes”.

El viejo estornuda, parpadea, y se rasca la cabeza; con vergüenza dice que debe ir al archivo de películas porque “don Octavio, el patrón”, necesita varias para negociar. Entre el temblor de su entrecortada voz, recuerda: “he oído por ahí a mucha gente que dice que a estos lugares sólo vienen ‘viejos verdes’, pero esto no es verdad, aquí sí vienen muchos viejitos, pero los ‘jóvenes’ de más o menos treinta o cuarenta años, están

viniendo mucho y yo creo que salen muy satisfechos.”

Versiones como estas cambian el pensamiento común de los ciudadanos, pues la tendencia a señalar y a imaginar es muy característica, sobre todo cuando de sexo se trata. Es por ello que Alfonso Gil cree que es un trabajo como cualquier otro, y por tal motivo no se siente avergonzado de lo que hace. “El sexo, las mujeres, los hombres y el alcohol, son diversiones de todos”, afirma, mientras señala la cartelera de cine y una botella aguardiente que guarece en la taquilla.



Cuando la función termina, a eso de las seis de la tarde, los espectadores salen del lugar. Algunos van a un viejo billar o a un antiguo bar, mientras que otros, por su lado, se quedan hablando de la destacada actuación de las rubias.

Sin embargo, Alfonso, quien ha sido considerado el “multiusos del cinema”, se queda siempre allí, entre las miles de cintas pornográficas, satisfacción y placer de todos los visitantes que alguna vez han venido al lugar y se dispone al filo de las 8:00 de la noche a iniciar una nueva función, cuando ya la sala se inunda con rostros frescos que seguramente van en busca de lujuria y de pasión. ↗

*El nombre fue cambiado por petición de la fuente